

# LA MUERTE

Empecemos con la pregunta ¿Qué es la muerte? Por desgracia aun no lo sabemos, carecemos de una respuesta concreta. Tenemos respuestas filosóficas, religiosas, de la tradición histórica de los pueblos, intuitivas y ahora científicas.

Entender la vida siempre ha sido complicado. Es claro que hay cosas que están vivas (plantas, animales, seres humanos) y otras que no lo están (una piedra). ¿En qué consiste la diferencia? ¿Será en la percepción?, ¿el alma?, ¿en lo que creemos?

A esta clase de preguntas pertenece lo que llamamos misterio humanos (paradigmas). Esos misterios poseen tal riqueza de la verdad.

La muerte no tiene por qué preocupar al hombre, pues, mientras este sea, ella no será, y cuando ella sea, aquel no será.

La muerte puede consistir en la relación con el deber cumplido; haber sido útil en la estancia del hombre en el seno de la colectividad, con la certeza de que la obra triunfara. La única gloria esta en el recuerdo de los compañeros que han trabajado para la causa de los intereses grupales, y que se convierte en estímulo permanente para la lucha.

El hombre desconoce lo que es la muerte. Es para él un misterio absoluto. Algunos, como Epicuro, filósofo griego del siglo III antes de Jesucristo, piensan que la muerte no es más que una disgregación de los átomos materiales de los que estamos hechos y que, por eso, no es nada. Él aconseja a su discípulo Meneceo: «Acostúmbrate a pensar que la muerte no es nada para nosotros». En efecto, mientras estamos aquí, la muerte no existe, y cuando ella está, nosotros ya no existimos. Nada sobrevive de nosotros.

Este planteamiento es interesante, y muy acertado, pero no es fácil pensar solo en eso. La muerte envuelve demasiadas incógnitas; como por ejemplo, que si lo que sea de mí en el otro mundo es lo que he querido en este mundo que sea.

Así mismo podemos decir que aunque estamos seguros de que moriremos, nadie puede estar seguro de que con la muerte termina absolutamente su realidad, que la figura de la personalidad que se forjó mediante la trascendencia de la vida es una figura que queda, que permanece, y tras la muerte obtiene la vida eterna.

Ahora bien hay que mencionar que el hombre moderno no cuenta habitualmente con la muerte, lo que le lleva, a no contar tampoco habitualmente con la vida después de la muerte.. Esta es la asombrosa relación del hombre con la muerte: desocupado de ella, también lo está de la idea de una superación de la muerte en la supervivencia. La muerte y la supervivencia no forman parte de concepción cultural del mundo occidental.

El hombre en nuestra cultura no cree en la supervivencia porque no tiene ante sí su muerte, no vive en vista de ella, su forma de vivir y sus ocupaciones eclipsan la conciencia de la certeza del hecho de la muerte.

A diferencia de otros pueblos, como el indio y el japonés, donde se posee la certeza de estar circundado por la actuación de los supervivientes difuntos y la historia está fundada en un verdadero culto a los antepasados. Occidente no admite si no la creencia o la posible demostración de la inmortalidad, y los muertos no están vivos, sino que se les revive a través del recuerdo y alguna plegaria.

Como pudimos observar con los puntos anteriores, hay diferentes percepciones de la muerte, ¿Cuál será verdad? O mejor aun ¿Cuál nos conviene mas creer?. Lo que puedo resaltar es que la mayoría de las culturas realiza el esfuerzo heroico por negar la condición mortal del ser humano. La máscara vital consiste en el vano rechazo del hombre a reconocer su propia y natural mortalidad

En consecuencia, no ha de temer a la muerte en ocasiones, como ocurría con los antiguos, sino incluso desearse intensamente, como don que introduce a otra dimensión, el nuevo orden de la inmortalidad y la felicidad. La muerte mística consiste en acelerar o anticipar la vida verdadera durante la experiencia mística. Con lo dicho podemos mencionar a los que afirman que la muerte es el paso a otro mundo. Así piensan Platón y Séneca, para quienes el día de la muerte es día de nacimiento, (dies natalis)

A su vez para los chinos, el nacimiento es el resultado de los impulsos Yin y Yang, que se consideran imbricados, la muerte es el proceso de su des imbricación, como también se le

refiere como la aniquilación, paso, des imbricación... y otras tantas hipótesis que ninguna experiencia comprueba.

Sin embargo, no obstante estas dos evidencias, la certeza de la muerte y la de una ignorancia absoluta acerca de su esencia, el hombre no cesa en su intento de vencerla por la ciencia, la cultura, el pensamiento filosófico y, sobre todo, por la religión.

El vencer la muerte es claramente la tarea de la ciencia. La ciencia médica intenta apartar la muerte. Consigue retardarla, pero nunca llega a suprimirla. Sin embargo, postulando la validez de una verdad independiente de los mortales que la piensan, la ciencia, de alguna manera, hace fracasar la muerte personal. Nos abre a una especie de inmortalidad.

Inmortalidad que la cultura, de la que la ciencia es componente, viene a consolidar. En efecto, si la cultura es recepción de un saber proteico y transmisión de ese saber que sobrevive a sí mismo, ella traspasa los límites de toda vida. Y así mismo la literatura, el teatro, etc. La cultura es al mismo tiempo manifestación humana y asunción de la condición humana. Por las obras ella neutraliza la irreversibilidad del tiempo.

La ciencia, la cultura, el pensamiento filosófico, por consiguiente, emprenden un largo combate contra la muerte. Pero no hay duda de que las religiones son las que mejor y con más seguridad y amplitud han vencido a la muerte. Pero esto no nos ha de extrañar, debido al poder que tiene la iglesia. Hasta tal punto que algunos paleontólogos han descubierto en las sepulturas el primer vestigio de un sentimiento religioso. El homo religiosus, según estos hallazgos, apareció cuando los hombres empezaron a cuidar de los cuerpos de los muertos. Esos hombres, recogiendo los cadáveres, untándolos con ocre rojo, símbolo de la sangre y consecuentemente de la vida, colocándolos en posición fetal, anuncio de un nuevo nacimiento, y dejándoles en las tumbas alimentos, herramientas, alhajas... para una prolongación de la vida, han dado a entender que la muerte no era para ellos una desaparición definitiva sino una apertura a un más allá. Así, en el arte rupestre del Paleolítico superior, los símbolos como el arco iris y el puente terrestre sugieren una relación con el otro mundo.

La muerte es la realidad con la que convivimos desde siempre. Lejos de ser el final de un proceso, es tan solo su realización. La muerte es la suprema acción del hombre que debe ser liberada del ocultamiento a la que la ha confinado la sociedad actual. El verdadero problema es que la muerte ha sido arrancada de la vida, extirpada de las extrañas de la existencia,

como si fuera una extraña y castradora realidad que sobreviene desde fuera a la vida del hombre, devastando para siempre todos sus planes.

Hoy en día, podemos afirmar sin lugar a dudas, que vivimos inmersos en una lucha constante entre la cultura de la vida y la cultura de la muerte. Pero ¿en qué consiste realmente la cultura de la muerte? Podemos decir que este tipo de culturas, promueven una visión social que considera la muerte de los seres humanos, con cierto favor y se traduce en una serie de actitudes, comportamientos, instituciones y leyes que la favorecen y la provocan.

La mayoría de las culturas han convertido a la muerte en un personaje normalmente más de hueso que de carne, que acecha a los vivos, que los reta e impide a los difuntos salir de los misteriosos territorios del más allá. Cabe mencionar que en la cultura occidental las representaciones de la muerte no suelen ser más que alegorías o personajes míticos, pero en las civilizaciones paganas la muerte puede tener estatus de dios.

Para ejemplificar lo anterior mencionare la mitología griega que existía un dios de los muertos, Hades, que gobernaba los infiernos y acabó dándole nombre a esos dominios. Entre sus atributos está, además de un cetro para conducir y gobernar a los muertos, un lúgubre carro de caballos negros.. En algunos textos clásicos, por ejemplo de Esquilo, se describe a Hades como el príncipe de los infiernos que pide cuentas a los difuntos y decide sobre su destino en el más allá.

Al mencionar lo anterior, se desglosa el concepto de que las almas son juzgadas al término de su vida no es exclusivo del cristianismo o de las religiones monoteístas y aparece en numerosas mitologías

En la egipcia, el dios Osiris pesaba el corazón de los difuntos y si este era ligero y libre de pecado el alma podía acceder al reino de los muertos, de lo contrario era devorada.

En el budismo, Yama, representado como un ser de ojos saltones piel azul oscuros y características de distintos animales, es dios y juez de los muertos (cumple similares funciones como señor de la muerte en el hinduismo y el zoroastrismo).

También en las civilizaciones precolombinas había deidades responsables de los muertos como Mictecacihuatl, la Señora de la Muerte de los aztecas, a veces representada con cabeza de calavera y vistoso tocado como las 'catrinas' actuales del Día de los Difuntos, en la cultura mexicana,.

En la tradición islámica Azrael, el Angel de la Muerte, se encarga de separar las almas de los cuerpos. Su aspecto depende de cómo se haya portado el sujeto, si bien Azrael tendrá rasgos amables y la separación se hará sin dolor, de lo contrario el Angel de la Muerte se torna pavoroso.

La representación de la muerte más popular en la cultura occidental y ya en la globalizada, la del personaje esquelético cubierto con capa o sudario y con una guadaña en la mano apareció en la Europa de finales del Medievo.

La muerte encabezaba el cortejo de las danzas macabras, llevando de la mano desde el emperador hasta el siervo, desde la anciana hasta la joven sana y guapa, para mostrar que todos somos iguales ante la Parca y que todo es vanidad.

Paralelamente, sobrevivían las leyendas paganas que hablaban de oscuros ayudantes de la muerte, como el Ankou bretón, que pasea en un ruidoso carruaje y se lleva a todo el que lo ve.

Otros emisarios de la muerte son más amables, como las soberbias valquirias que se llevaban a los héroes caídos en combate glorioso.

La calavera ha seguido siendo el símbolo por excelencia de la mortalidad en la iconografía occidental, si bien con el romanticismo se empezó a representar a la muerte también con rasgos de hombre o mujer vivos con semblante triste, pero sosegado.

Sigmund Freud psicoanalista, escogió la figura de Tanatos, la personificación del morir dulce en la Grecia clásica, para bautizar su impulso de muerte, el deseo de volver a un estado de tranquilidad absoluta. Menciono a este autor, ya que me apoye con su información en varias ocasiones.

Hoy día, en la cultura popular moderna, sobre todo dentro de las tribus góticas y los grupos de rock duro, se cultiva la estética macabra, a la que se recurre también mucho en la comedia.

Las historias de fantasmas, de zombies, de viajes de ida y vuelta al más allá, de diálogos con los muertos y de ritos macabros son numerosas en esta cultura, pero es mucho menos frecuente que aparezca la muerte en persona.

Ingmar Bergman la mostró en una de sus obras maestras, "El séptimo sello" donde un caballero juega al ajedrez con la muerte, cumpliendo una de las grandes aspiraciones humanas, retar a la muerte.

Bob Fosse en "All that Jazz" presentaba a Roy Scheider tratando de engañar a la muerte, una bellísima Jessica Lange envuelta en velos blancos, coqueteando con ella y Omer Simpson llegó a cargarse a la muerte en un capítulo.

Una de las representaciones más inusitadas de la muerte está en la obra de posguerra "Draussen vor der Tür" de Wolfgang Borchert en la que un soldado alemán se encuentra con que la muerte no es un esqueleto, sino un señor gordo que le explica que tiene sobrepeso porque "el negocio va viento en popa". Este último está bueno, pero no es con el afán de incomodar, solo que es importante mencionar, ya que después de analizar varias percepciones culturales, se puede tener una idea más generalizada de la muerte, abriéndonos paso a caminos hacia la realidad, y descubriendo más sobre lo que envuelve a la muerte.

Para el cristiano, solo hay una forma de vivir hacia el futuro; **la esperanza**. Solo la esperanza responde a las expectativas últimas del hombre. La naturaleza humana no puede subsistir sin una esperanza o una meta ulterior.

La esperanza se orienta de modo inexcusable en una doble vertiente; individual (mi salvación) y colectiva (realización total del proyecto de Dios).

En otros términos, esperanza para él quien que soy yo, más allá de la muerte, esperanza para la humanidad y el mundo, más allá del final de la historia. La esperanza, para ser auténtica, solo puede ser universal y totalizadora.

La muerte lleva a las personas a interrogarse sobre las relaciones entre lo temporal y lo eterno. Resulta relativamente fácil a la idea de cumplimiento acabamiento o plenitud de la vida más allá de la muerte y dejar así paso a la **fe** en la vida eterna y la resurrección.

La muerte golpea la vida del hombre y la sitúa ante una alternativa única, inevitable, **creer o no creer**. ¿Por qué incluso se pretende obligar a los creyentes a comportarse como si la religión solo fuese una motivación más entre otras, a no mencionar la correspondencia entre **la razón y la fe?**

La fe se habría difundido con el mundo romano a través de los misterios de MITRA, pero aparece claramente definida con el cristianismo.

La fe ha muerto muchas veces. Otra tanta ha sido perseguida, potencialmente asesinada o perecida de muerte natural. Sin embargo, la fe ha vuelto a este mundo occidental de vertiginosos cambios.

La fe es como una semilla o como una lucecita que tiene que crecer. Que tiene que hacerse llama fuerte. Pero hay muchos peligros, muchas dificultades que pueden ahogar la fuerza de la semilla o pueden apagar la llama débil. Por eso la frase de Jesús, una pregunta abierta, una interrogante que nunca encontrará la total respuesta.

Ahora me enfoco a que la muerte es una experiencia que comprende a todo el hombre, un naufragio que afecta a toda nuestra vida pero que además es algo más que una experiencia individual, forma parte del melodrama **colectivo de la vida**.

EL verdadero problema no es mi muerte, sino la de los seres queridos, esos muertos que no se separan del todo nosotros. **En la medida en que se ama**, se anhela seguir viviendo o volver a vivir después de la muerte para seguir amando. Este punto del amor, que envuelve a la muerte, no es menos importante que el de la alma, la fe, ya que ¿Quién no ha perdido a alguien que ama? Yo por ejemplo, perdí a mi hermano, y debido a eso logro entender que el amor al igual que la fe y alma son importantes en el entorno de la muerte.

El amor es la mejor profecía de la resurrección. Es un grito y una plegaria a la inmortalidad. Amando es como percibo la inmortalidad de aquellos que están ligados conmigo por el amor.

El misterio del hombre es una invitación a caminar hacia el misterio del Dios de amor, es la esperanza que la religión nos da y muy aceptada para muchos.

El acto de morir no es menos natural que el de nacer. La muerte es una parte de nuestro ser no menos esencial que el vivir.

¿Qué pierde un ser vivo al morir? La respuesta más obvia tiene que ver con el aire: cuando un animal muere, deja de respirar. La palabra “alma” viene del latín anima, que a su vez deriva del griego anemos, “soplo”. Por eso en muchas religiones, la divinidad otorga la vida a sus creaciones insuflándoles el “soplo divino”; el alma.

Esta idea se desarrolló para convertirse en el vitalismo: la suposición de que un ser vivo lo está gracias a que tiene algún tipo de “fuerza vital”. Fue la explicación más aceptada sobre la vida durante prácticamente toda la historia de la humanidad

Todas las almas que se aman se reencuentran, para perseguir juntas su evolución ascendente, de vida en vida, de mundo en mundo, y subir hacia la perfección, hacia Dios, en una luz cada vez más viva, en el seno de armonías siempre crecientes. La revelación de los Espíritus, comunicada en innumerables mensajes hablados y escritos, obtenidos en todos los puntos del globo, vienen a mostrarnos la meta suprema de la vida, de todas nuestras vidas

Platón observando el impacto de la muerte en la vida moral hablaba de la inmortalidad del alma.

La muerte no es otra cosa que el abandono del cuerpo físico, de la misma manera que la mariposa deja su capullo de seda, el paso a un nuevo estado de conciencia, la transformación a la conciencia cósmica, una forma de vida en otra frecuencia, un nuevo estado donde se continua experimentando, viendo, oyendo, comprendiendo, riendo, y en el que se tiene la posibilidad de seguir creciendo. En la percepción de distintas personas, la muerte es algo que acontecería al cuerpo, que solo es la envoltura pasajera que rodea el yo inmortal, una separación entre el **alma espiritual**, y el cuerpo.

En la concepción socrática, la muerte es la separación del cuerpo, que perece, y del alma inmortal. El cuerpo es la cárcel de un alma que desea liberarse de él, para llegar a la verdadera vida.

Piensa Epicuro que el alma es un componente del hombre junto con el cuerpo y si esta se disipa, es decir, pierde sus facultades, el alma también lo hace.

El evangelio, el verso de QUEVEDO “vive para ti solo, si pudieras: pues solo para ti, si mueres, mueres.

No es fácil comprender como el alma, después de la muerte, puede seguir existiendo y obrando como el ser humano. No podemos imaginarnos la sola supervivencia de un alma espiritual que continuase su trayecto sin preocuparse del peso muerto abandonado.

El hombre no es un cuerpo ligado a un alma, no es alma corporal. El cuerpo es el lugar y la mediación de cualquier relación humana. Por eso, no es el cuerpo, sino el hombre entero el



que se evocado a la muerte. La existencia no se da nunca sin cuerpo, aunque yo no solo sea cuerpo. El hombre es indivisible. El hombre no es solo alma.

Un ejemplo es la visión de **kübler ross** sobre la muerte como separación de nuestro verdadero yo inmortal de su cuerpo físico, eclipsa y elude la condición radicalmente encarnada del hombre, su dimensión intersubjetiva y comunitaria. La corporeidad, lejos de ser un añadido instrumental al verdadero ser del hombre, es un esencial constitutivo de su propia realidad como ser humano. Con el cuerpo, el hombre no está solo orgánicamente en el mundo, sino humanamente, es decir, expresándose y realizándose en el dialogo con los demás.

Esta visión es demasiado mas amplia y nos habla de una relación humanista, que no se oole mucho, cuando se habla de la muerte, entonces también se enfoca que la muerte no influye individualmente si no colectivamente.

La muerte no es un problema esencialmente biológico, sino una condición existencial y humana, como pretende el **dualismo**. La muerte no es principalmente la consunción de un organismo viviente, si no la destrucción de una existencia humana, una separación violenta, una desgarradora soledad de cuanto parecía ser el sentido de la vida.

Si la necesidad de morir se manifiesta como una exigencia inseparable de nuestra corporeidad, la muerte no compromete el significado de la vida humana. La muerte se convierte así en la separación violenta del mundo en el que vive.

Entre la muerte y la resurrección, permanece el yo personal, el alma, como premisa o condición de posibilidad de la resurrección, que anhela lo que perdió por violencia de la muerte, con un apetito espiritual de administrar el cuerpo.

La vida actual no es un mal en relación con la vida ultraterrena, pero en esta se encuentra la dicha y al superación de toda contingencia. Todas las religiones prometen como recompensa a todos los que han utilizado bien el tiempo de su vida terrena la vida nueva después de la muerte, una vida eternamente feliz, distinta a la de la tierra.

La consideración de la muerte como acabamiento de la vida y el naufragio total, lejos de permitir al hombre vivir responsablemente y hacer de cada instante un compromiso serio, lo deja en toda su incompresibilidad. Es un posible demostrar que la muerte sea destrucción de todas nuestras posibilidades de extinción de la persona, que la alteración biológica sufrida

por el hombre después de la muerte se identifique con la muerte misma de la persona. Al menos, cabe la posibilidad de que de que yo siga viviendo en una circunstancia alterada, y que la muerte sea un radiante comienzo tránsito de este mundo a otro, no se reduce al hecho físico o biológico del deceso. **Dejar de vivir, no es morir.** Cesar de ser no es entrar a la nada. Al menos el hombre luchara contra la desaparición definitiva. Será su otra agonía.

Por otro lado, decir que la muerte es el final significa caer en el materialismo más vulgar y negar que haya algo en la existencia con sentido. Finalmente, la superación de la muerte la muerte solo puede interpretarse como existencia personal. Por tanto, la existencia humana esta constitutivamente orientada hacia la inmortalidad personal. El hombre es tensión y orientación hacia una existencia personal eterna.

La verdadera felicidad solo puede alcanzarse trascendiendo la muerte, viviendo eternamente en la presencia de Dios.

Asimismo, la suposición de que el mundo real sea el mundo común, puede llevarnos al error. **Podría entenderse como real solo lo vivido y reconocido como tal por todos. Y eso no es cierto, porque hay personas que cierran sus ojos a la realidad.**

En cuanto al pensamiento filosófico, en la medida en que intenta elevarse por encima del mundo sensible inmediato, en el mismo corazón de la vida, él es superación de la muerte. Aristóteles, por ejemplo, recomienda «hacernos inmortales en la medida de lo posible» viviendo «de acuerdo con la parte más excelsa de nosotros mismos», la parte «divina», a saber, el espíritu. Desde Platón a Heidegger, pasando por Montaigne, Leibniz y Spinoza, está claro que **la filosofía no se ha propuesto aniquilar la muerte, sino superarla, quitarle su negatividad radical.**

Para encontrar la inmortalidad, no duda en afrontar «el Océano de los fallecidos». Pero fracasa y comprende, a su vez, que nadie escapa a la muerte.

Se ve, a través de la espesa bruma donde flota, desde tantos siglos, el pensamiento humano, tanteando en la búsqueda de lo desconocido, el fenómeno espírita abre una gran brecha de luz. Las quimeras creadas por el pasado se desvanecen: ¡no hay más separación definitiva, no más infierno eterno! El Más Allá se revela en sus misteriosas profundidades, donde se despliega la vida infinita, donde se mueven las fuerzas divinas. La angustia de las partidas, la

desesperación de las separaciones deja sitio a la alegría de los retornos y a la embriagadora promesa de los reencuentros vislumbrados.

La motivación básica del comportamiento es la necesidad biológica de negar el terror de la muerte.

El moribundo en medio de una agónica incertidumbre, **depende del entorno**, que se ha conjurado para mantenerlo en la ignorancia de su verdadero estado.

Con la desaparición del pecado, y la consiguiente pérdida de la confianza en Dios (si tanta gente deja de creer es porque no es consciente del pecado) el hombre se vuelve totalitario y déspota, un libertino, ajeno al bien de la comunidad humana, absolutizando de un modo delirante su propia finitud.

Quizá no se tenga miedo de la muerte, como solemos pronunciarnos habitualmente, sino más bien a todo lo que se le circunda. Tenemos miedo a las circunstancias que rodearan la propia muerte, al dolor y sufrimiento, el estado en que nos encontrara, al umbral que anticipe su verdadera dimensión. Esta incertidumbre delata su carácter de amenaza permanente.

Existe el miedo a pasar los últimos años de la vida en una institución, ajena al principio a los verdaderos vínculos de amor gestados en el seno de la familia. Mi experiencia, en este sentido, es que una residencia de ancianos, aunque no pueda subsistir, ni sea su verdadera naturaleza, la comunidad de la vida y de amor que debe ser la familia, si que se puede convertirse en un formidable espacio de acogida y de consuelo, de cercanía, escucha y amor, que es lo que necesita el ser humano.

Hay temor, a sentirse avergonzado y a perder la dignidad. Cuando la enfermedad y los tratamientos comienzan a deteriorar la propia imagen: cuando se pierde la autonomía y es desvalimiento es cada vez mayor, se produce un golpe bajo hacia nuestra autoestima, que parece significar un auténtico ataque a la dignidad y al orgullo. Solo se puede recomendarse aceptación de los límites, un ejercicio de humildad, y confianza en la solidaridad del personal que nos atiende.

También podremos hablar del temor a dejar de ser o el temor de la nada, el temor de la consideración de la muerte como aniquilación de la existencia humana. Es verdad que la muerte nos parece algo que siempre les sucede a los demás; al cabo, es el otro el que muere.

Existe también el temor de la soledad después de morir, y estar separados de nuestros seres queridos. Las familias se acercan y se hacen presentes en la hora de la muerte del ser querido. El temor de la muerte suele mitigarse en la presencia consoladora de la familia en los últimos momentos de morir. Como nacer, también morir exige ayuda, consuelo y compañía.

A su vez también se puede dar el temor al fracaso. Las preguntas se hacen inevitables para el moribundo, que lamenta de no haber vivido conforme pensaba que debía haberlo hecho, que se reprocha no haber aprovechado mejor su vida o no lograr finalizar sus propósitos y verdaderos deseos.

Vivimos limitados entre cuatro paredes, el tiempo, el espacio, lo que hay antes de nacer y lo que hay después de morir. **Lo primero que la vida nos enseña al nacer es que algún día debemos morir.** Vivir debiera ser una preparación para morir bien. La realidad es diferente, muerte es una palabra tabú que produce rechazo, palabra que es preferible ignorar y no pensar mejor en lo que hay en la "OTRA ORILLA." (el más allá) Quizás el temor a lo desconocido o el temor a un absurdo "castigo eterno" hace que haya un temor a la muerte en la mayoría de las personas, y debiera ser todo lo contrario.

El inconsciente no conoce la muerte, ante ella, solo esmero espectador. Sin embargo, llega el momento de pasar de lo nocional a lo real, el instante de descubrir que soy el protagonista del drama, surgiendo así el miedo al abismo y la destrucción.

Sin embargo mi muerte no cambia el curso del mundo.

La muerte posee un valor educativo; nos enseña que el sentido del hombre no está en el tener, y que el amor debe ser fraternidad universal, que es lo único que queda después de la muerte del individuo.

Maurice Maeterlinck dice que, no solamente nos debemos de resignarnos a vivir en lo incomprensible, sino que debemos de regocijarnos por ello, ***pues lo desconocido y lo incognoscible son y serán siempre necesarios para nuestra felicidad.***

Estamos en la deriva y no vemos con claridad, somos víctimas de un devastador relativismo.

Lo único que queda hacer es disfrutar del tiempo que le queda. En una visión realista del mundo, pero de un mundo sin dios, Un destino común para todos, para el justo y el malvado, el puro y el manchado.

A las personas hay que educarlas para amar, y para amar sabiendo respetar al otro, y el mejor respeto empieza por salvar la vida naciente. Y luego ayudar a las madres para que sus hijos puedan nacer. Por último, crear una cultura que ame a la vida en lugar de destruirla. Todo esto para que la muerte no se convierta así en ocasión de exhibir la propia riqueza, de despilfarrar dinero. Juan Pablo II afirmaba, que se está perdiendo el sentido de la sacralidad e intangibilidad de la vida humana. Esto es muy serio, ya que con esto se está generando una pérdida de conciencia social, en la que ya no se cree en el valor inviolable de la vida, convirtiéndose en su dueño absoluto. La pérdida de la conciencia del valor de la vida humana, en cuanto tal, lleva a la pérdida del amor y respeto por todo ser humano. Esta minusvaloración de la dignidad de todo individuo humano, genera sentimientos o actitudes de indiferencia, desprecio o rechazo ante la vida. Se llega incluso ante la promoción de la muerte en la sociedad

Un aprendizaje que comienza por la aceptación de la presencia siempre latente de la muerte en la propia vida, con el fin de estar siempre preparado y cultivar el morir, en la tendencia esperanzadora de una presencia fundamentada y final que nos aguarda, y que es el amor.

Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.

La autentica educación Humana exige el reconocimiento de lo que constituye como tal. Y algo estructural y constitutivo consiste en la aceptación de lo inexorablemente moriremos. El hombre tiene que acabar algún día su peregrinar, asumir que morirá, y para ello deber de estar preparado.

Lograr aceptar que toda la vida debe rendirse al acto de la muerte, dejar la tierra libre a la pulsión de la muerte para que ejerza sus efectos de ruptura, formar parte del proceso de existir y es el primer objetivo de la educación sobre la muerte. Tener presente la muerte es el camino para poder planificar adecuadamente la vida.

**Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.**